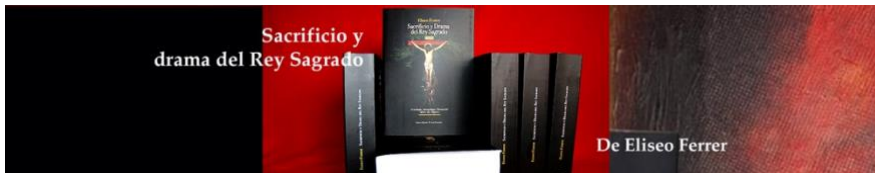


Corregido

**Ateísmo y
Materialismo
Metodológico**

Eliseo Ferrer



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de este documento sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el cumplimiento de la legalidad, cuya autoría queda reconocida a través de los derechos y obligaciones que ofrece el Copyright ©.

Edición, diseño de portada y maquetación:
Messidor Comunicación



Eliseo Ferrer

Ateísmo y Materialismo Metodológico

(Carta a una católica recalcitrante)

Advierto a los especialistas que esta «Carta a una católica...» es un escrito bastante liviano con el que anuncié un texto más elaborado, todavía pendiente, al objeto de explicar la metodología materialista que utilicé en mi teoría del cristianismo y en mi búsqueda de las bases para una teoría de la construcción de lo sagrado. Ocurrió no obstante que, por un error de la persona encargada de la mecanografía, y dada la simplificación, se terminó diciendo lo contrario de lo que yo quería decir en la parte más importante del texto. Con esta reedición, corrijo ese gran error y mantengo la promesa de un escrito más elaborado en este mismo sentido.

7 de Enero de 2023

Como ya saben muchos de los amigos de esta red social, suelo organizar casi todos los meses un foro-debate en Academia.edu sobre asuntos que normalmente giran en torno a la antropología social y cultural, pero también relativos a asuntos destacados de la historia antigua y de la crítica textual, campos en los que normalmente se desenvuelven mis trabajos. Los considero una gimnasia y un ejercicio dialéctico imprescindible para mantenerme en forma, al tiempo que aprendo mucho en ellos de los participantes; pues, aparte de los inevitables iluminados (creyentes o increyentes) que alumbran nuestros caminos, lo normal es encontrar mucha gente cabal, muy culta e inteligente (creyentes y no creyentes) de la que se pueden aprender muchas cosas.

Es decir, he organizado foros-debate muy fructíferos sobre mitología; sobre asuntos controvertidos de los orígenes del cristianismo; sobre las influencias culturales helenísticas en el judeo-cristianismo primitivo; sobre el zoroastrismo, enfocado desde nuestra perspectiva cultural y religiosa, etc., etc., etc. Y ocurrió que el pa-

sado mes de diciembre me animé al fin a proponer un debate de carácter general sobre mi libro «SACRIFICIO Y DRAMA DEL REY SAGRADO. (Genealogía, antropología e historia del mito de Cristo)». Porque, aunque la mayoría de los temas debatidos el pasado año, fueron asuntos y materias contenidas en este libro, no me había animado a someter a discusión el libro en su totalidad.

Un debate que resultaba complicado, obviamente, porque el libro tiene 784 páginas, muchas de las personas que participaron lo estaban leyendo o no habían terminado de leerlo; y los aspectos que se abordan en él son múltiples, variopintos y heterogéneos, aunque siempre guiados por las líneas directrices de la antropología, la historia antigua y la crítica textual. Por eso, aun a riesgo de llevar a los participantes a esas odiosas consideraciones genéricas de «me gusta» / «no me gusta», me armé de valor y lancé el debate. Y, puesto que esperaba la visita y la participación de gente que no disponía del libro (de ciertos profesores, pero también de muchos estudiantes interesados), publiqué como base

del debate el preámbulo de 39 páginas, los índices completos y las catorce páginas de referencias bibliográficas.

Evidentemente, la crítica en este contexto, positiva a negativa, no se puede equiparar al valor que puedan ofrecer las reseñas bibliográficas o la crítica pormenorizada, pero entendí que era una forma de pulsar la impresión que producía un libro como éste entre un público universitario muy diverso dentro del ámbito hispanoamericano. Y la experiencia, igual que había ocurrido en debates anteriores, resultó enormemente satisfactoria, ya que hubo aportaciones de carácter elogioso muy sólidas de especialistas creyentes e increyentes de EE.UU, Italia, Argentina, Uruguay, México, Colombia y, por supuesto, España. Sorprendentemente, salvo algunas objeciones de las que tomé buena nota, nadie me criticó, ni mucho ni poco; supongo yo que por un exceso de respeto y cortesía hacia el anfitrión, qué se yo... Pero he aquí que un buen día apareció una experta española, católica, universitaria y de Sevilla, que puso mi libro patas arriba y en la picota (sin «haberlo leído»), afirmando cosas como las que siguen (resumo textualmente):

«La verdad es que lo poco que sé del autor, Eliseo Ferrer, lo he sacado de Google —señaló la señora Guardini—, donde he descubierto que este señor se declara ateo y materialista. De la obra expuesta a discusión, sin embargo, el índice y el prólogo nos ofrecen mucha información, pero por supuesto no suficiente para hacer una crítica certera. Por eso, advierto de que lo que digo más abajo parte de estos presupuestos insuficientes:

1) No entiendo que alguien que se declara ateo y materialista nos invite cortésmente a participar a los creyentes de Academia. ¿Será por que espera de noso-

tros alguna solución a sus carencias espirituales y religiosas? Se me ocurren varias respuestas a esta pregunta, las más extremas de ellas, interpretar el gesto como una sutil provocación, o tomarlo por el lado de la cortesía del diálogo. Por cuestiones de educación y de corrección política me quedo con la segunda.

2) No entiendo ni me cabe en la cabeza tampoco que alguien que se declara ateo y materialista dedique un libro de casi mil páginas a indagar y explicarnos el papel de Cristo, el Hijo de Dios, en el cristianismo. ¿Tanto le preocupan los temas religiosos a alguien que presenta semejante perfil académico? Si se me permite el humor negro, ¿su ateísmo no será uno de esos ateísmos “por la gracia de Dios”? ¿O es que busca soluciones a sus carencias?

3) Resulta que descubro por el índice, que no deja lugar a dudas, que todo el libro parece ser una especie de preámbulo para llegar a la conclusión en el último capítulo de que el Cristo de la Iglesia es “el Cristo de la servidumbre” frente a los otros Cristos (solar, cósmico, gnóstico) que dibuja en las páginas anteriores. Aquí al señor Ferrer creo que le traiciona un poco el subconsciente y esto se ve con claridad.

4) No me cabe en la cabeza tampoco que se puede escribir un libro sobre Jesucristo sin hablar ni una sola vez en el índice de sus muchas páginas de Jesús de Nazaret.

5) Y finalmente, y derivación de lo anterior, no me cabe en la cabeza tampoco que se pretenda hacer una teoría del cristianismo, como ambiciosamente se señala en el prólogo del libro, y no se hable ni una sola vez en el índice de Jesús de Nazaret. ¿Se ha olvidado su autor de Jesús? No, parece que no. Por lo que se señala en el prólogo, parece ser que el cristianismo del señor Ferrer es un cristianismo que se manifiesta en el mundo judío, tras una larga

pugna de siglos y milenios del ser humano luchando por la supervivencia.

Muchas gracias por la invitación y por permitirme expresar lo que pienso.

RESPUESTA A MI INTERLOCUTORA

Señora Guardini, voy a intentar abreviar al máximo, porque lo que usted propone, puede llevarme a escribir muchas páginas, y creo que éste no es el lugar apropiado, dadas las características de este foro de debate. Como decía Marshall McLuhan hace décadas, el medio nos obliga generalmente a elegir el tipo de mensaje; por lo que voy a omitir todo aquello que considero innecesario. Así, le hablaré por separado de mi «ateísmo», de mi «materialismo», de mi «olvido de Jesús de Nazaret» y de mi derecho inalienable a ocuparme de Cristo siempre que me venga en gana.

En relación a lo de «ateo y materialista», da la sensación que usted convirtiera unos rasgos, en mi caso meramente gnoseológicos o epistemológicos (como quiera llamarlos, puesto que mi subjetividad y mis gustos no le interesan absolutamente a nadie en este foro), en una etiqueta que permitiera franquear o no franquear la puerta de su mundo ideológico (no digo del mundo de sus ideas, que es mucho decir). Que los convirtiera, en definitiva, en la llave maestra que validara, sancionase ideológicamente y separase, desde su punto de vista, el «pecado» de la «virtud»; la «herejía» de la ortodoxia; lo «legal» de lo «ilegal»; lo «correcto» de lo «incorrecto», etc., etc., etc.

1. Sobre ateísmo.

En relación al ateísmo, he de decirle que, puesto que se trata de un concepto insustancial, escasamente definido y enormemente genérico, adopté hace ya tiempo,

inspirado por el gran maestro Gustavo Bueno, el apellido «esencial» o «esencialista» por razones de seriedad y rigor conceptual; principalmente, para precisar mi posición frente a otros ateísmos que me son completamente ajenos e indiferentes (el ateísmo antirreligioso, muy particularmente, me bloquea en sus redes y foros). Es decir, el «ateísmo esencialista» que practico vendría a conformar una actitud (frente a la teología) que consideraría a Dios como una construcción histórica (antrópica) y que bajo ningún concepto discutiría su existencia... Digamos que el ateísmo esencial o esencialista no discute la existencia de Dios no porque sea una construcción antrópica e histórica, ojo, sino porque considera que, en el plano esencial y de las ideas, tal y como fue concebido por Aristóteles, por Filón de Alejandría, por el Gnosticismo cristiano y por los obispos católicos, Dios conforma un constructo (o una «revelación» humana, si lo prefiere) inconcebible, inefable, inabarcable e inimaginable.

Por eso, he de decirle que, de todas las referencias teológicas que le enumero, los más afinados, acertados y perspicaces, desde mi punto de vista, creo que fueron los «herejes» gnóstico-cristianos de los siglos primero y segundo de nuestra era, quienes definieron a Dios en términos de teología apofática (muy próxima a mi ateísmo). Unos «herejes» éstos que, más allá de haberse convertido en carne de cañón, en objeto de negación y aniquilación por parte de la ortodoxia de su Iglesia, fueron los genuinos representantes del verdadero misticismo cristiano frente al materialismo cosmológico de la Iglesia triunfante. A los ateos esenciales o esencialistas, como ve, nos ocurre lo que les ocurre a muchos egregios representantes del más radical misticismo espiritual (a quienes también condena su Iglesia), que

ven a Dios como una intuición inconmensurable, inabarcable, indefinible e inefable, a la que no pueden acercarse o solo pueden aproximarse a través del lenguaje apofático y negativo. Dirá usted que los extremos se tocan... Y tiene usted toda la razón del mundo, señora mía.

2. Sobre materialismo.

Si el término «ateo», o «ateísmo», es algo insustancial, vago e indefinido, creo que es mucho más problemático y confuso aún lo que ocurre con la etiqueta «materialismo». Tentado estoy de hacerle una historia de la construcción de sus acepciones y significados a lo largo de los dos últimos siglos y de hacerle también una clasificación doxográfica de los distintos materialismos en función del proceso de comunicación al que nos referimos. Pero no tengo ni espacio ni tiempo en estos momentos. Por lo que voy a explicarle con brevedad que mi materialismo es, en el terreno que nos ocupa, estrictamente metodológico. Es decir, es uno de los presupuestos básicos de mi método de trabajo, según el cual, tanto en el terreno antropológico como en el histórico o en cualquier otro terreno científico, niego validez tanto a la presuposición de la existencia de entidades puramente espirituales (trascendencia) como a las ideas abstractas (puras) arrancadas de sus contextos socioculturales y aisladas del proceso de relaciones de los sujetos operatorios (los hombres) con sus respectivos medios (que conforman el mundo).

Mi metodología materialista niega la trascendencia, niega los espíritus, niega las ideas puras y niega también los universos ocultos e inmanifestados de ciertas culturas antiguas: asuntos que, como digo, rechazo desde un punto de vista *etic*, pero que se convierten en el *leit motiv* de mis trabajos, desde un punto de vista *emic*. Y le

pongo un ejemplo, para que me entienda: ¡la revelación divina!... Mientras para su idealismo ideologizado (valga la redundancia), la revelación es algo literal y textual, indudable y realmente acaecido (Yahvé descendido del cielo en el Sinaí, entregando las tablas de la Ley al pueblo de Israel a través de Moisés), para mi materialismo metodológico la revelación divina es algo ajeno a la trascendencia que únicamente ocurre en la vida de los hombres como constructo temporal: es, nada más y nada menos, que una autorrevelación humana, una construcción de lenguaje que los hombres se dan a sí mismos cuando empiezan a sentirse divinos y superiores al resto de los animales, muchos de los cuales fueron previamente divinizados. Por supuesto, yo no niego eso que usted llama la vida «espiritual», ni el mundo de las ideas, ni las infinitas posibilidades reales, fantásticas o imaginadas que nos pueda ofrecer el lenguaje y la narración mitológica o científica. Pero entiendo que todo ello es un producto humano que hay que perfilar y organizar conceptualmente, si no queremos sucumbir a la locura implícita en la desbordante fantasía humana.

Para Federico Engels, la vida espiritual brotaba no de la trascendencia, sino de la dialéctica de la Naturaleza. Para el Materialismo Filosófico (de G. Bueno), mucho más elaborado y complejo, la vida psicológica y «espiritual» estaría incluida dentro de uno de sus tres géneros de materialidad. Para mí, en esta misma línea, la «vida espiritual» no surgiría de una transmutación alquímica de la Naturaleza sin más, ni tampoco del Principio Antrópico ni de un humanismo ingenuo e idealizado; sino de las relaciones que (desde su condición zoológica) los distintos grupos humanos han mantenido a lo largo de la prehistoria y de historia con los animales y los contextos circundantes, construyendo instituciones

culturales; transformando primero el mundo con las manos, luego con las herramientas clásicas y finalmente con la inteligencia artificial y otros instrumentos digitales.

Otra cosa, señora mía, es el grosero «materialismo moral» del lenguaje común y aquella doxografía materialista referida a procesos de comunicación completamente diferentes a la metodología de estudio e investigación de las ciencias sociales, de la antropología y de la historia.

3. Mi derecho de pecador al Cristo.

Podría hacer, dentro de este epígrafe, una negra humorada y decirle que, como pecador («ateo y materialista»), tengo mucho más derecho que usted al Cristo salvador y redentor. Pero, como me consta que lo que yo le diga en este terreno va a entrarle por una oreja y va a salirle por otra, voy a referirle una cita tan solo del filósofo y teólogo hispano-indio Raimon Panikkar, idealista, católico y orientalista muy próximo al misticismo, miembro del Opus Dei durante un par de décadas y profesor universitario en la India y en varias universidades norteamericanas:

«Cristo no es en ningún caso monopolio de los cristianos —afirmaba Panikkar—, pues Cristo no pertenece al cristianismo, sólo pertenece al Padre. El cristianismo y el hinduismo expresan y descubren ambos su creencia en el misterio teándrico, aunque de dos maneras diferentes. Por una parte, los cristianos afirman poseer un conocimiento único, una intencionalidad gnoseológica: la gnosis de que Dios es Trinidad y que nosotros estamos unidos a Dios, en Cristo; pero el cristianismo no niega el hecho de que la “intencionalidad óptica” del hinduismo sea la misma que la suya, es decir, la unión con el absoluto [a través de un «cristo» hinduista]». (Cf. Raimon Panikkar. *El cristo*

desconocido del hinduismo. Para una cristofanía ecuménica. Madrid, 1994).

4. Mi olvido de Jesús de Nazaret.

Sobre este asunto, del que también habría mucho que decir, resumo mi posición con una nueva cita del mismo libro de Raimon Panikkar, a quien estoy seguro usted no le pondrá la más mínima objeción, dada su adscripción espiritualista, idealista y católica. Toda la tesis de Panikkar contenida en este libro (*El cristo desconocido del hinduismo*) estuvo dirigida, dada su tradición intelectual multicultural y multirreligiosa, a «un encuentro sincero» entre el cristianismo y el hinduismo; y quizá por eso subtítulo este libro con el ambicioso reclamo: «Para una cristofanía ecuménica». No obstante, y para no engañar a los lectores sobre el verdadero propósito y los riesgos de la obra, Panikkar dejaba muy claro que toda su formulación relativa al común mediador cristiano e hindú (Ísvara-Cristo) iba a encontrar un escollo difícilmente salvable, si desde el lado cristiano se solapaba el elemento «teohistoriológico» de un hijo de María llamado Jesús, arrebatando el protagonismo y la prioridad al Logos.

«Pues no solo el concepto cristiano de historia es, en cierto modo, ajeno al espíritu indio —concluía Panikkar—. Admitir la idea cristiana de la historia [...], es ya presuponer el concepto cristiano de Cristo. Pero no debemos olvidar que la primera interpretación filosófica de Cristo empieza por un discurso sobre el “Logos” hecho carne y no por un discurso sobre la carne». (Págs. 172, 173).

Creo que queda claro cuál es el verdadero contenido filosófico del cristianismo, tan ajeno y tan alejado al mismo tiempo del folclore, de las leyendas piadosas y de la infantilizada ideología de la Iglesia.